

# El norte es un destino

*sobre Volver a Santa Rosa de Víctor Hugo Rascón Banda*

Eduardo Casar

*Escuchar los últimos consejos de los padres, dar un brinco e iniciar una vida nueva, lejos... en ese lejos tan físico como temporal que hizo de Víctor Hugo Rascón Banda el dramaturgo que escribe cuentos, relatos, novelas, y que lo hace bien. Volver a Santa Rosa, dice Eduardo Casar: “Es un libro para lectores comunes y corrientes, pero también para hacer escritores, una especie de escuela de escritores portátil, como lonchera roja”.*

Allá ellos, los franceses, que tienen a su Víctor Hugo. Nosotros, los mexicanos, tenemos uno que nos salió muy bien. Porque él sí escribe teatro y en eso es bien famoso. Pero además (ojo: votantes) es un escritor, se abren comillas, “de los otros”, se cierran las comillas, de los que escriben lo que no se cotiza en mucha lana, pero que cómo cala, palabra, cómo duele, cómo se vuelve doble refilón: escribe literatura de la que puede leerse con los ojos callados, la que no está en la escena de la gente que suena y que se mueve. Escribe cuentos Víctor Hugo, relatos Víctor Hugo. Y, palabra, señores, que los escribe bien.

Este hombre ha ido construyendo las dieciséis partes de sus muchas variadas cualidades. Déjenme que diga algunas de las que yo le advierto: *Volver a Santa Rosa* es un libro completo. Es lo que los teóricos de la hermenéutica llamarían en su lenguaje sofisticado “una chulada de libro”. Y además no es bueno porque Víctor Hugo sea el presidente de SOGEM. Qué alivio. Me da gusto que mis amigos sean buenos escritores, así no tengo que decir mentiras frente a ustedes. Con Gonzalo Celorio, que tenía un gran poder hasta que se

lo quitaron, me tranquilizaba el hecho de que es un prodigio de escritor: no había que hacerle la barba porque ya la tenía. Igual con Víctor Hugo.

He leído sus obras de teatro, las he representado en el de mi memoria, me han gustado, pero en ese escenario no sé dar veredictos, porque no creo en los climas y porque tengo el aplauso fácil por el simple hecho de que alguien se aprenda tantas palabras de memoria.

*Volver a Santa Rosa* es un libro difícil de clasificar genéricamente, ya que podría ser una novela por la presencia constante de algunos personajes y del narrador, pero además cada texto puede leerse de manera independiente y se cierra sobre sí mismo, algunos textos incluso, como cuentos perfectos, como es el caso de “La casa de las golondrinas” y de “Los perdidos”. A mí las obras así, fronterizas desde el punto de vista de su composición, me entusiasman. Pero el libro me entusiasma, además, porque con uno de sus extremos toca los genomas de Nelly Campobello, esa escritora insólita. La moraleja es que el norte es un destino.

Jorge Aguilar Mora plantea la hipótesis de que el tono de la Nelly Campobello es el que precipita el tono

de Juan Rulfo. Yo estoy totalmente de acuerdo. Y agregaría yo que sin ése, el de Juan, no se hubiera escalado la tesis de *Volver a Santa Rosa*. Con esto sólo quiero decir que este libro de Víctor Hugo se inserta orgulloosamente, para ensancharla, en la veta de una tradición preciadísima.

Qué es eso del tono, que suena tan impresionista. Sobre el tono en general me gusta repetir una anécdota del general Cárdenas que me contó Eraclio: resulta que el general era padrino de una boda y cuando pidieron que hable, que hable, dijo ya están casados, ya se pueden decir todo lo que quieran, pero eso sí: siempre cuiden el tonito, el tonito.

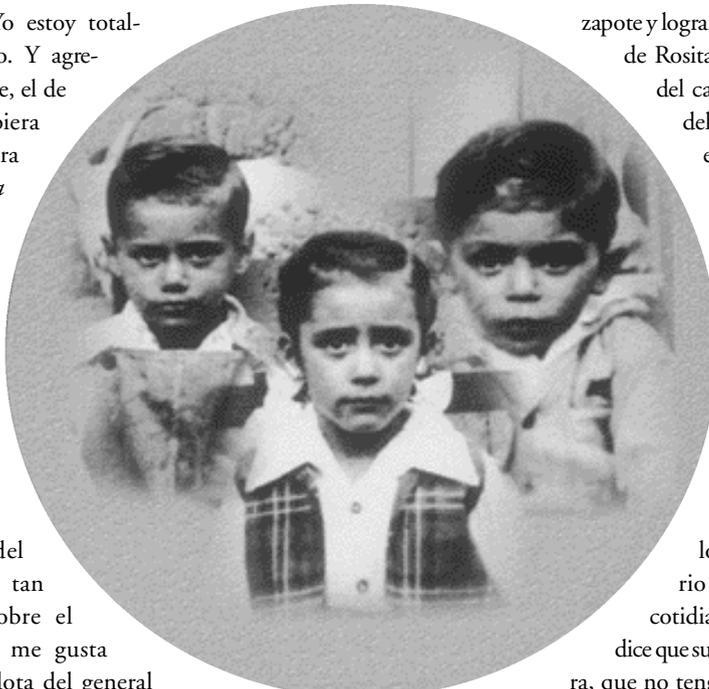
Yo lo he practicado: en la crítica que sucede en las aulas uno puede decir siempre su opinión, aun cuando ésta sea acendradamente negativa, siempre y cuando cuide el tonito: ésa es la diferencia entre un buen taller y un taller malogrado, entre un ballet y el box.

Pero ya fuera de la cotidianeidad, en el territorio de la literatura, el tono es un valor textual, es la unificación de una voz narrativa, su unidad de perspectiva y de sentido.

Hay una cierta ingenuidad, no por ello carente de perspicacia, en la voz de *Volver a Santa Rosa*: “Mi tía Lydia rezó el rosario y en la letanía en vez de decir ruega por nosotros, decíamos ruega por ellos”. “Cuando les digo que soy escritor, me preguntan si compongo corridos.” Cuenta con cierto efecto de extrañamiento, como si viera las cosas por primera vez. Eso hace una perspectiva muy aguda, una angulación original para el relato. Para lograrla, el narrador casi no juzga lo que ve, confirmando en la práctica creativa aquella idea de Walter Benjamin: “si se puede reproducir una historia preservándola de explicaciones ya se logró la mitad del arte de narrar”.

¿Dónde está la otra mitad? En un oído extraordinario que puede consignar por escrito los registros de la conversación oral sin que pierdan su naturalidad. Para eso se necesita saber escuchar: y este señor escucha.

También reside en puntear la narración con efectos de los tradicionalmente llamados poéticos. Oigan nada más a estos niños borrachos: “Dejamos la tierra del



Víctor Hugo Rascón Banda y sus hermanos

zapote y logramos llegar al callejón de Rosita Sáenz. Las piedras del camino se levantaban del piso y nos pegaban en la frente o en la nariz. La cara se nos empezó a llenar de sangre”.

En ese narrador que no interviene para juzgar también está la perspectiva para la cual la capilaridad de las fronteras entre lo real y lo imaginario es parte de la vida cotidiana: “Doña Rita me dice que sueña todo lo que quiere, que no tenga miedo, que todo es natural. Que no me preocupe de los muertos, que los deje vivir como quieran y que anden por ahí, recogiendo sus pasos, tratando de encontrar sus sombras”.

Así, *Volver a Santa Rosa* nos demuestra que el escritor de fondo debe tocar los márgenes veloces, que quien levanta pesas debe rezar sonetos, que la estructura de los personajes no está reñida con el ritmo cardíaco de una imagen.

Víctor Hugo: qué escritor levantaste. En qué refinadas barbaridades nos metiste. *Volver a Santa Rosa* es una escuela de alivianamiento. De pisar quedo. De urdimbre bajo el agua de las cosas. Es un libro para lectores comunes y corrientes, pero también para hacer escritores, una especie de escuela de escritores portátil, como lonchera roja.

En la primera página, que comienza con la fuerza del *incipit* de una novela memorable, el narrador dice que se fue de Santa Rosa cuando tenía doce años, y agrega:

Me detuve ante la puerta de la avioneta. Arriba ya estaban todos. Un pequeño paso, dejaría de tocar el suelo de Santa Rosa y daría un brinco a mi vida.  
—No te rajes, mi hijito —dijo mi padre.  
—Escribe —escuché a mi madre.

Víctor Hugo Rascón Banda le hizo caso a los dos. **U**

Víctor Hugo Rascón Banda, *Volver a Santa Rosa*, Editores Mexicanos Unidos, México, 2004, 142 pp.